Léase en un día lluvioso

Sebastián Castaño Flórez

Tal vez la lluvia nos haga sentir tristes, de pronto por el frío y la soledad que la acompaña casi siempre. Sin embargo, siempre he tenido buenos recuerdos relacionados con la lluvia. Como el beso con el amor de mi vida o las veces que entrenaba basquetbol mientras llovía en la cancha, pero, de todos modos, no logro comprender por qué siempre que llueve se siente tan raro.

Les voy a contar la breve historia de cómo una mujer como cualquier otra, se convirtió en la mujer que más quise. Estaba en el colegio, más o menos en el octavo grado de bachillerato. A esa edad, no me consideraba de esos chicos a los que le gustaban las relaciones serias. Siempre me parecieron muy monótonas; más bien era de los del otro lado, de los que "se gozaban" la vida.

Pero todo eso cambió ese primer día de colegio. Nos encontramos todos los mismos compañeros que siempre habíamos estado en el salón, el ambiente de risas y juegos nunca faltaba entre nosotros. Cuando de repente, hubo un anuncio por parte de la directora de bachillerato, quien iba acompañada de dos chicas más.

Las chicas se presentaron, una era de Italia y la otra de Colombia. Las dos pasaron inadvertidas por el grupo. Incluso a mí tampoco me llamaron la atención. Sin embargo, ese instinto de boy scout "siempre listos siempre firmes", para hablarle a una mujer,

me impulsó a conocer a la que venía de Italia, así que decidí acercármele.

Una semana después, estábamos en clase de teatro. ¿Les había mencionado que estudiaba en un colegio artístico? Bueno, en esa clase, teníamos que presentarnos y decir alguna cualidad que creíamos tener. Cuando le tocó el turno a la italiana, ella empezó a hablar de su vida en Roma y de cómo todo era bonito por allá. En ese momento me senté a su lado y empecé a preguntarle sobre Roma.

- ¿Y cómo es eso por allá?
- Pues más bonito que acá, respondió ella.

Y seguimos hablando por un rato, hasta que el profesor empezó a explicar la escena que debíamos hacer para esa clase. Cuando pasó todo esto, decidí poner mi cabeza sobre una de las piernas de la italiana. Rápidamente, ella respondió con un golpe. Y agregó un "ve, qué te pasa, atrevido".

En ese momento me di cuenta que no podía tratar igual a las niñas de Italia y de Colombia.
¡Ay relájate, no era nada malo, qué pena con vos!, respondí, con una sonrisa en el rostro.
Así terminó ese día, el primer encuentro cercano con ella. Desde entonces, empezamos a hablar cada vez más. "Ve Sebastián, siéntate acá conmigo", me dijo uno de tantos días de colegio.

Los puestos eran de a dos en mi colegio, así que solo podíamos hablar los dos en clase. Pero como a la niña le encantaba hacerse de primera en la fila, se inventó una especie de chat. En ese entonces, no teníamos tanta vaina de WhatsApp y esas cosas. La

idea era sencilla y entretenida. Ella me escribía en las orejas de las páginas de mis cuadernos, preguntándome vainas, de "cómo estás" o "ve, estoy aburrida". Y yo tenía que responderle en las orejas de las páginas de sus cuadernos. Ya se imaginarán cómo se veían esos cuadernos, los míos llenos de preguntas, caritas y cosas así, mientras los de ella, con esta letra mía, horrenda.

Siguieron pasando los días y nuestra amistad fue creciendo. Tanto que yo la consideraba mi mejor amiga, pero nada más que una amiga. Bueno... eso creía yo. Un día, nos citaron a la Liga del Valle para avisarnos que teníamos un torneo en Armenia, y que nos iríamos durante tres días. Y que irían todas las categorías, tanto masculinas como femeninas. Sin pensarlo dos veces, me fui para el torneo. Le conté a la italiana y me deseó mucha suerte.

Ya en Armenia, nos quedamos en un hotel de mala muerte, en un barrio no tan bueno. Pero qué esperaban de la Liga del Valle, si toda la plata se la quedan los directivos. Y para los deportistas, solo las migajas. En ese momento, conocí a una rubia muy particular, muy extrovertida y amigable. Durante estos tres días mantuvimos hablando y coqueteándonos. Bueno. eso creía yo.

Era el último día del torneo y ya estaba el bus listo para irnos. Pero mi equipo y yo estábamos debutando para ir a las finales; si ganábamos ese partido, podríamos ir a las finales. Fue un partido muy largo e intenso contra los de la Liga del Quindío. Quedaban cinco segundos en el marcador, nosotros arriba por un punto.

Teníamos que defender, así que montamos la mejor defensa que pudimos. Pero el árbitro no dejaba que el tiempo acabara. Apenas nos descuidamos, pasados ya los diez segundos, los del Quindío metieron una cesta y ahí el árbitro acaba el partido. Cansados, humillados y robados, nos tocó partir hacia Cali.

Cuando volví, a la primera persona que le conté todo fue a la italiana. Desde los partidos, hasta la rubia que había conocido, pensando que se iba a alegrar por mí. Pero fue todo lo contrario.

Hubo una discusión bastante acalorada, y un "pues quédate con tu rubia esa".

Yo no sabía que la italiana sentía algo más por mí. Pensé que solo éramos amigos, pero vaya sorpresa la que recibí. Después de esta pelea me di cuenta que a mí también me gustaba, así que decidí declarármele:

- Ve, mujer, ¿te puedo hacer una pregunta?
- ¿Qué pasó?, respondió ella.
- ¿A vos este man que está en décimo te pidió que fueras la novia de él?
- Pues sí, pero yo le dije que no. No me gusta ese man.
- Vení... ¿y si la pregunta te la hiciera yo? ¿Qué responderías?
- ¿Tan bobo, no? No me pregunte esas cosas.
- Pero yo te estoy hablando en serio. Contéstame. ¿querés ser mi novia?
- Pensáte bien las cosas, no me digas eso por decírmelo.
- Te estoy hablando en serio, pero si no querés, está bien.

Después de esa conversación, a los días volví a hacerle la pregunta. Esta vez me aceptó sin vacilar. Para no extenderme y para no ser cursi, ***porque odio lo cursi,*** les voy a resumir.

Ella fue con la que me di el beso bajo la lluvia. La que me hizo amar ese frío que traía cada vez que empezaban a soltarse las gotas. Con ella empecé a sentir que cada gota que caía era un motivo de sonrisa. Y esto sucedía cuando ella estaba conmigo.

Pero también ese fue el problema. Como todo en esta vida se acaba, esta no fue la excepción a la regla. Duramos un buen tiempo, juntos. Pero a ella el amor se le acabó, y ahora, cada vez que llueve, solo me queda el recuerdo.

Y las notas de ella en mis cuadernos.